



DEFENSA DE SANCHO PANZA

NEOPLAGIO EN DOS PARTES, COMPUESTO POR EL BACHILLER

Fernando Fernán Gómez

a la mayor gloria de Miguel de Cervantes

2002



Fragmento

Defensa de Sancho Panza, de Fernando Fernán Gómez

Estrenada en el Centro Cultural Lugaritz de San Sebastián
el 12 de julio de 2002

SANCHO: Juan Manuel Cifuentes

Dirección de Escena: Carlos Zabala y Fernando Bernués
Diseño de vestuario: Gabriela Salaverri
Diseño de Escenografía: Tomás Muñoz
Diseño y realización de atrezzo: Koro Albisu
Diseño de Iluminación: Rafael Mojas
Imagen: Cristina Salaverri
Ayudante de dirección: Olatz Beobide
Realización de vestuario: Peris Hermanos
Realización de escenografía: Vértigo S. L./The monster in the box S. L.
Maquinista: Karlos Gil
Técnico de luces: Fernando Fernández
Producción Ejecutiva: Olatz Beobide

Una producción de Teatro Barakaldo,
Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, Teatro Bretón,
Vértigo Producciones e Ideas y Smedia Producciones

Con los agradecimientos a Gustavo Tambascio, Emma Cohen,
Toño Camacho y Toñi Arranz

PRIMERA PARTE

(El escenario, vacío, evoca por algunos escasos detalles un tribunal de justicia del siglo XVII. A telón corrido comienza a oírse una seguidilla manchega interpretada quizá por alguna flauta y un tamboril. A los pocos compases disminuye el volumen de la música para que una voz sea claramente perceptible.)

VOZ MASCULINA.— «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor».

(Ha ido levantándose el telón. En el centro de la escena está SANCHO PANZA con la cabeza inclinada como si acabase de saludar al auditorio. Cuando el telón ha subido del todo SANCHO comienza a hablar. Cesa la música.)

SANCHO.— Diré, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque, de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Lo sé yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido a golpes; pero, con todo eso, es linda cosa esperar sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, casi siempre encantados, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar nunca un solo maravedí.

(Ahora, en una brusca transición, SANCHO habla a voces, pero con intención suplicante.)



¡Vecinos! ¡Escuchadme, vecinos, os lo ruego! ¡No hagáis oídos sordos a mis razones! ¡Sabéis que de mí ni se podrá decir: el que por mentiroso es tenido, al decir verdad no será creído! ¡Escuchad a vuestro buen vecino Sancho Panza, que nunca os hizo ningún mal! (*En un tono más moderado.*) ¡Y escúchenme también vuestras señorías! ¡Atiéndanme, si quieren proceder con justicia! Yo soy un hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquier injuria. Como dijo el otro: a palabras locas, orejas sordas. Escuchen las palabras que mi señor Alonso Quijano, el Bueno, dijo a aquellos cabreros que una noche nos acogieron y nos convidaron a comer sabrosas y alimenticias bellotas junto a sus chozas, y díganme, después de haberlas escuchado, si en ellas hay intención de agravio, insulto, injuria a su majestad o a la católica religión, tal como pretenden nuestros enemigos, los del señor Alonso y los míos, que a ningún hombre le faltan, por alta o baja que sea su condición, que de la

malquerencia no se libran ni los altísimos imperadores, ni los bajísimos labriegos como yo, pues muchos son los que ven la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio. ¡Escuchad!

(Recita ahora SANCHO con algún énfasis, como podría haberlo hecho don Quijote.)

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces todos los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni a visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan

pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía. Sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos.

(Suspende SANCHO por un momento la imitación de su modelo don Quijote.)

Esto nunca lo entendía bien del todo, pero me limité a aprendérmelo de memoria y así se lo repetía a mi amo don Quijote, para que él a su vez se lo aprendiera, sin saber yo lo que decía.

(Vuelve a la imitación.)

No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la usasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje (SANCHO *encaja sus manos una en otra, para ayudar con la acción a las palabras*) aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señera, sin temor a que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte o cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.

(Vuelve a suspender la imitación.)

Al llegar a este punto, don Quijote siempre exagera un tanto y me recordaba a los cómicos que venían a Argamasilla por las fiestas de la Virgen.

(Vuelva a la imitación.)

Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, sin embargo, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogisteis y regalasteis, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra. *(Deje SANCHO de imitar a don Quijote.)*

Así habló mi señor don Quijote a los cabreros. Y punto por punto me sé su discurso, pues sepan vuestras señorías, que antes lo ensayó veces y veces conmigo a la espera de que nos topásemos con alguien a quien encajárselo. Los malintencionados y los enemigos, que tantos tenía don Quijote y más aún la Caballería andante, dicen ahora que con aquellas palabras quería don Quijote soliviantar a los cabreros y volverlos contra el gobierno de su majestad, pero yo aseguro a vuestras señorías que si don Quijote pronunció tal discurso no fue por soliviantar a nadie, sino por las bellotas. ¡Sí, créanme vuestras señorías! ¡Y apoyadme vosotros, vecinos, que entendéis más de bellotas! Las bellotas con que los cabreros nos regalaron trajeron a la memoria de mi señor aquel discurso de la Edad de Oro y le pareció buena la ocasión para enjaretarlo. Y bien es verdad que los cabreros le escucharon sin responder palabra, embobados y suspensos, sin dar muestra alguna de que aquello les soliviantase. Antes bien, por el pasmo de sus miradas, daban muestras de no haber entendido nada. Dicen algunos: oído horadado, virgo quitado. Mas otros dicen que los que oyen y no entienden, muy poco aprenden. Si aquellos generosos cabreros oían pero no entendían las razones de un caballero andante, ¿cómo iba mi amo Alonso Quijano, el Bueno, a volverlas contra nuestro rey Felipe? Y, si aquellos cabreros eran de los de abro la oreja y cierro la cabeza, de los que oyen pero no entienden,

¿cómo podía don Quijote volverlos contra el rey ni contra nadie? Si a tabiques hablo, mejor me callo; escucha a la vieja y olvida la conseja. A más que el tema del señor Alonso, lo que le cambió la cabeza en olla de grillos, no es que si este rey o el otro, que si tal o cual menistro. Más que a él me ocupaban a mí las cuestiones del mando, y bien que me lo reprochó a veces. El tema de don Quijote, lo que le removió la sesera, fue el amor, no la pulítica. Bien que lo sabéis vosotros, vecinos; mas puede ser que no lo sepan tan bien los señores juez, procurador y escribano. Cuando el señor Alonso Quijano el Bueno determinó abandonar su casa y, limpias ya sus armas, cambiando el morrión en celada con unos cartones, puesto nombre de Rocinante a su rocín, confirmándose a sí mismo con el de don Quijote de La Mancha, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien namorarse, porque si caballero andante sin amores es árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma, decía. Si, por su buena suerte, se encontraba por ahí con algún gigante, como de ordinario les ocurría a los caballeros andantes, le derribaba y vencía, sería bien tener a quien enviárselo como regalo, y que se hincara de rodillas ante su dama, y dijérala con voz rendida:

(Con la voz del gigante.)

Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de La Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que vuestra grandeza disponga de mí a su talante.

(Vuelve a hablar como SANCHO.)

Esto habían hecho los caballeros andantes de los que mi señor Alonso me hablaba una y otra vez y cuyas hazañas, tan solo con oírlas, a mí me causaban espanto, pero que él se había empeinado en imitar. Nos hallábamos haciendo penitencia en Sierra Morena, él por sus muchos pecados, para mí que imaginados, y yo por seguirle a él, cuando me dijo que se contentaba con la sola imitación de Amadís, caballero andante que

sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más. Parecíame a mí que los caballeros de los que hablaba fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero Alonso Quijano ¿qué causa tenía para volverse loco? ¿Qué dama le había desdeñado, o qué señales había hallado que le dieran a entender que la señora Dulcinea del Toboso había hecho una niñería con moro o cristiano? Mas mi amo creía que volverse loco un caballero andante con causa, no era nada. Y que él harta ocasión tenía en la larga ausencia de su siempre señora Dulcinea del Toboso, que quien está ausente, todos los males tiene y teme. No debía yo gastar tiempo en aconsejarle que olvidara tan nunca vista imitación. Se le pusieron los ojos de loco y voz de loco cuando me dijo:

(Imita SANCHO a don Quijote.)

Loco soy, loco he de ser hasta tanto tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras y, siéndolo, no sentiré nada.

(Concluye la imitación.)

¿Han escuchado bien vuestras señorías? Yo creo haber dicho lo que don Quijote dijo, tal como lo dijo. Si bien oírás, bien lo contarás. ¿Han escuchado lo de «seré loco de veras»? No solo yo lo digo sino que así lo tienen escrito Cide Hamete Berenjena y el tal Cervantes. ¿Y han escuchado lo de «Loco soy, loco he de ser...»? ¿Lo habéis escuchado, vecinos? ¿Sabéis de algún loco que sepa que lo es? Y cuando luego dijo «seré loco de veras», ¿no estaba diciendo que aún no lo era? ¿Por qué, entonces, se me acusa de haber ayudado a la locura de mi señor? Yo juro ante este tribunal, a fe de pobre hombre, que nunca hice tal. Y pido a su señoría el procurador que atienda bien lo que digo para cuando él, con mejores palabras que las mías, deba defenderme. Que cuanto más lo adorne, mejor me lo pones. En cuanto a la carta para Dulcinea del Toboso, le dije a mi amo que la hiciera y

me despachara presto, porque tenía gran deseo de volver para sacarle del purgatorio donde le dejaba. En lo que mi señor, yendo, a zancadas, de un lado a otro, a punto de caer por el cercano precepicio, buscaba en las nubes espiración para los términos de la carta, yo aparejaré a Rocinante, pues él había de llevarme hasta la señora Dulcinea del Toboso. Mas, con la venía de vuestras señorías, debo dar un salto atrás en mi declaración, pues bien está que por culpa del tal Miguel de Cervantes y de su desordenada memoria y la no más de fiar del moro Cide Hamete Berenjena, mucho se ha hablado y se habla de las inventadas fechorías de mi señor don Quijote y mías, y muy poco de las nada inventadas sino muy verdaderas que nosotros, mi señor y yo, padecemos, a manos de necios, pícaros y ladrones, cuando en busca de aventuras, bellas señoras a las que namorar y ínsulas para gobernar, encontramos manteamientos, palizas y otras desdichas. Debo decir, digo, por qué para llevar la carta a Dulcinea del Toboso me valí de Rocinante y no de mi fiel rucio. Recordarán vuestras señorías, porque en el pliego de cargos escrito está, que poco después que don Quijote arrebatase su bacía a un infeliz barbero porque su locura, verdadera o postiza, le hizo creer que no era bacía, sino el yelmo de un famoso caballero, poco después, digo, vimos que por el camino que llevábamos venían hasta doce hombres, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos y todos con esposas en las manos; venían asimesmo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie; los de a caballo con escopetas y los de a pie con espadas. En cuanto los vi, dije: «Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras» ¡Para qué hablé! Olvidé que en boca cerrada no entra mosca ni araña. Empezó mi señor con que no era posible que el rey hiciera fuerza a ninguna gente. Intenté hacerle ver que, por sus delitos, iban condenados a servir en las galeras del rey de por fuerza. Le vino a la cabeza su tema: si los llevaban por fuerza, contra su voluntad, el oficio de caballero andante obligaba a don Quijote a socorrerlos, a liberarlos. Osé replicarle que aquella gente iba castigada en pena de sus delitos. Pero ya don Quijote se desentendió de mí y consiguió con buenas palabras y modos, que de ninguna manera dejaban percibir su locura, que los guardias le

permitieran hablar con algunos de los galeotes para saber cuál era el motivo de su desdicha. Uno iba por enamorado: se abrazó a una gran canasta de ropa blanca y echó a correr con ella. Otro iba por cantor: no había soportado el tormento y confesó sus delitos... Pero el que más retuvo la atención de mi señor don Quijote fue un hombre de venerable aspeto, con una barba blanca que le pasaba del pecho, que a la pregunta de don Quijote nada respondió, sino que se echó a llorar. Otro de los galeotes le sirvió de lengua y dijo que les acompañaba en el viaje por alcahuete y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. Vi como a mi señor don Quijote se le redondeaban los ojos de aquel modo que yo ya conocía y, empinándose en la silla de Rocinante, dijo:

(Imita SANCHO a don Quijote.)

A no haberle añadido esas puntas y collar, por solamente el alcahuete limpio no merecería él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente bien nacida, y aún debía haber examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, como corredores de lonja, y desta manera se escusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que, a la más necesaria ocasión y cuando es menester dar una traza que importa, se les velan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio, pero no es este lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda remediar, a quien corresponda. Solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga, por alcahuete, me la ha quitado el añadido de ser hechicero. Pues no hay hechizos en el mundo que puedan forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío y no hay yerba ni encanto que le fuerce; lo que suelen hacer algunas

mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos, con que trastornan a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para gobernar el amor, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

(Concluye SANCHO la imitación.)